¡UNIDAD OBRERA! HAY QUE MANTENERLA, . . .

(Viene de la pág. 1)

mo efectivamente es cierto, nos hemos mostrado en desacuerdo absoluto con la línea política trazada por la Confederación de Trabajadores de México en el Manifiesto que su Comité Nacional lanzó el primero de mayo en curso, es lógico y seguro que hemos de aplaudir todo paso que de los núcleos obreros, encaminado a segregar elementos a una central que, como la C.T.M. a nuestros ojos, no está orientada convenientemente en materia social y política; y

2o—por otro lado, hay quienes sostienen que, independientemente de que la Liga de Acción Política y COMBATE acepten o rechacen los pasos divisionistas que los diez sindicatos del Distrito Federal han dado, es indudable que la responsabilidad de que se empiecen a presentar tales síntomas de escisión, recae sobre quienes como nosotros han abierto el fuego contra los errores y desviaciones de los dirigentes sindicales, pues se afirma que si no se hubiese iniciado la campaña que COMBATE abrió, de crítica enérgica y sin rodeos, las agrupaciones sindicales no habrían dado el paso separatista que ahora presenciamos y que puede ser el primero de una serie interminable.

Las dos tesis anteriores son falsas.

Ni COMBATE está de acuerdo con las decisiones separatistas, ni las actitudes de escisión corresponden, directamente, a los puntos de vista sustentados por nosotros.

Tenemos mucho interés en salir al paso a ambas equivocadas afirmaciones. Hablemos de la primera:

COMBATE reprueba las tendencias separatistas. Y lo hace, no por la idea mística, fetichista, idolátrica, de que "con tal de mantener la unidad, hay que pasar por todo" dentro del movimiento obrero. Nada de eso. La unidad es valiosa y se debe procurar conquistarla y mantenerla una vez conquistada. Pero *no es un fin, sino un medio.* El movimiento de organización sindical no tiene como meta la unidad, sino la conquista de los objetivos sociales y políticos que forman el contenido del programa revolucionario de los trabajadores. La unidad es un camino, un medio de llegar a la realización de esos objetivos de los trabajadores. Por consiguiente, cuando por los vicios, errores o claudicaciones en que incurran los dirigentes de la "unidad sindical", ésta deje de ser un medio adecuado, el mejor medio prácticamente posible, de luchar por los objetivos del movimiento proletario, para convertirse en un obstáculo a formas nuevas, no "unitarias" de lucha revolucionaria y de acción sindical, hay que abandonar la unidad, hay que tomar los caminos de la disidencia, hay que plantear la ruptura de los núcleos "petrificados" y proseguir la lucha revolucionaria por nuevos caminos más frescos y eficaces.

Se percibe, por lo tanto, que la cuestión de si se debe ser partidario o no de la unidad, NO SE PUEDE RESOLVER EN ABSTRACTO, en general, para todo caso y en todo lugar, dentro de una misma fórmula rígida, mecánica, que aspirara a ser de validez universal. Todo lo contrario. La respuesta tiene que ser siempre concreta, en relación íntima con las condiciones articulares de la época y el país atendiendo a circunstancias de la realidad complicada que es siempre todo fenómeno de lucha social y no como una mera consigna verbal, en pro o én contra de la unidad.

Y precisamente analizando el problema así, en concreto, en vivo, es como COMBATE y la Liga de Acción Política se pronuncian en contra de la tendencia separatista en estos momentos y dentro de las condiciones reinantes actualmente en nuestro país.

Es insospechable nuestra voz, dado que ni siquiera estamos de acuerdo con los dirigentes de la C.T.M. si pensamos que los trabajadores deben permanecer dentro de ella, no es, ni con mucho, porque a nuestro juicio deban hacer el sacrificio de callar y ahogar sus discrepancias y motivos de inconformidad, con tal de no molestar a los dirigentes de la central nacional. Exactamente al revés. La permanencia en la C.T.M. debe utilizarse PARA LUCHAR POR DENTRO, IMPLACABLEMENTE, CONTRA LOS MALOS DIRIGENTES, contra sus errores, contra su orientación oportunista y de entrega al gobierno, contra sus abusos e inmoralidades, y en general, contra todo lo que constituye un acto de traición al proletariado. De ahí nuestra respuesta negativa frente a toda sugestión separatista. Pero sin olvidar, ni un solo instante, que la C.T.M. debe ser considerada no como una entidad intocable, sino como una institución que para cumplir sus fines necesita desplegar en todo momento el máximun de acción revolucionaria y de presión de clase.

Debemos ahora examinar si la segunda tesis, la que atribuye a COMBATE la responsabilidad de los movimientos de escisión, es correcta. Ya hemos dicho que a nuestro juicio no lo es. Veamos por qué.

Si toda crítica a los principios y a los actos del Comité Nacional de la C.T.M., tuviera que conducir forzosamente a la escisión del movimiento obrero mexicano, eso querría decir que la organización sindical ESTABA MUERTA DE ANTEMANO, de suerte que la responsabilidad de su disgregación recaería más bien sobre quienes la hubieran colocado en tan precaria situación, y no sobre los que por suscitar críticas, hubiesen sido los provocadores aparentes de la disolución. El organismo obrero que no es capaz de resistir un examen abierto de la conducta de sus dirigentes, ni es un cuerpo sano ni puede cumplir ninguna de las tareas primordiales que le incumben.

COMBATE no cree, sin embargo, que ese sea el caso actual de la C.T.M. Si lo pensara, aconsejaría su disolución inmediata y la formación de una nueva central. Lejos de eso, pensamos que el movimiento obrero está vivo, que constituye una estructura que debe mantenerse y que hay necesidad de que del seno de la masa trabajadora salgan las fuerzas destinadas a corregir los errores graves de los dirigentes, pues de otro modo, si se deja que sigan ensanchándose y ahondándose los efectos dañosos de las equivocaciones de los dirigentes, claro es que llegará un instante en el que privada la organización de todo su contenido y sus potencialidades de orden revolucionario, no será sino el inmenso esqueleto de un cuerpo muerto ya, y desprovisto por lo tanto de toda función.

Pero es precisamente la crítica clara y valiente, la denuncia diaria de los errores y desviaciones, la renovación de hombres y el predominio de las capas más sanas y aptas de la masa, en una palabra, es la implantación de una real y efectiva democracia sindical, lo único que puede impedir la desaparición de las capacidades revolucionarias de la C.T.M. No otro es el principal problema que en estos instantes tiene frente a sí la clase obrera mexicana. No otra es la causa de la inmensa responsabilidad que ante ella contraen todos los que, por uno u otro medio, estorban y tratan de impedir el planteamiento de los problemas que suscita la lucha de clases, transportada hoy a planos nuevos por la propagación del conflicto en escala mundial.

De ahí que la unica posibilidad de verdadero fortalecimiento del organismo sindical, radique en seguir los caminos sugeridos por nosotros. Son los mejores aliados de la unidad. Por ellos lucharemos incansablemente.

Estamos por la unidad, como el medio más eficaz de luchar. Pero no la concebimos siquiera, sin responsabilidad de los dirigentes frente a la masa. Y no hay responsabilidad si no hay crítica amplia, análisis sincero de la conducta de éstos.

Exhortamos, pues, a los trabajadores, a mantenerse estrechamente unidos en el seno de la C.T.M. y a utilizar todos los recursos y oportunidades que dentro de ella existen, para imponer a sus dirigentes, antes de que sea tarde, una radical rectificación de sus errores doctrinales y de táctica.

HAY QUE MANTENER LA UNIDAD; PERO SIN PRIVARLA DE SUS OBJETIVOS Y METODOS REVOLUCIONARIOS.

PALABRAS DESPRESTIGIADAS...

(Viene de la página 1)

cipios y teorías. Entró hace diez años con el propósito firme de establecer la paz y ahora habla en medio del estrépito de la guerra universal más espantosa de la historia. Llegó con la decisión inquebrantable de crear una era de "libre comercio entre las naciones", en la que no hubiese trabas de ningún género para el intercambio de productos entre los distintos países y ahora se ve obligado a confesar que nunca había habido época en que el comercio estuviese más supeditado a las fuerzas políticas y militares o en que el trueque —el peor enemigo de Hull— imperase como al estallar esta guerra.

EL SISTEMA NAZI DE CONQUISTA.

Desde luego, las objeciones que hace al sistema nazi de conquista y absorción de los países, son tan evidentes que no vamos a insistir sobre ellas. Es indudable que la peor forma de resolver las cuestiones comerciales de país a país, es la de hacer desaparecer uno de ellos conquistándolo por la violencia y haciendo del comercio con él un mero acto de entrega de tributos al pueblo vencedor. No puede negarse que, para tomar un ejemplo concreto, si es malo que nuestro comercio exterior con los Estados Unidos esté basado —como lo está— en la explotación más leonina y brutal de nuestros recursos naturales y esté además sujeto —como también lo está— a las más adversas contingencias impuestas por los intereses de la potencia que nos explota económicamente; si es malo lo anterior, decimos, sería peor que, volviendo a las épocas clásicas del imperio romano o del imperio azteca, tuviéramos que enviar como siervos todas nuestras mercancías, sin recibir el menor pago por ellas. Todo eso es cierto, como lo es la afirmación, si hemos de seguir retrocediendo en la escala de la barbarie, de que es peor tropezar con un antropófago que nos devore, que tropezar simplemente con un dueño de esclavos que se limite a encadenarnos en una galera.

Por fortuna, sin embargo, la humanidad no está ya en la triste situación en que los "demócratas" como Roosevelt y Hull nos quieren hacer creer que se encuentra.

ORDEN MUNDIAL, SIMPLEMENTE RENOVADO.

Podemos percibir claramente lo anterior, examinando por un momento la solución que Hull ofrece para el futuro, en lo que llama "un orden internacional en el que las naciones independientes cooperen libremente entre sí en beneficio mutuo; un orden mundial, no nuevo, sino renovado". Es decir, en lo que sería nuestro porvenir si los Estados Unidos e Inglaterra triunfaran sobre Alemania sin mayores modificaciones en la vida del capitalismo.

En esa característica —que con tanto interés y cuidado menciona Hull en su discurso— de *no ser un orden nuevo sino sólo renovado* el que se ofrece a los pueblos para el futuro, está la clave y el punto vulnerable al mismo tiempo, de todo lo que es y puede ser cualquier solución a la vida comercial del mañana. En eso de no ser sino *lo que ya hay,* pero renovado, está el secreto que vamos a revelar al lector: quiere decir que se trata, ya sin rodeos, de convertir esta guerra en un medio de consolidar y mantener el estado de cosas que hasta hoy ha venido imperando en el mundo, pero con una sola modificación, que es lo que constituye la "renovación" que se ofrece: la eliminación de Alemania, Italia y el Japón, del campo de los competidores. Es decir, Hull, en dos palabras levanta el velo de misterio que Churchill se ha empeñado en mantener extendido en esta matanza. Más astuto el zorro inglés, se calla. Más ingenuo o más cínico el caballero norteamericano, nos lo dice de un golpe: *el fin de la guerra* —desde el punto de vista de los intereses norteamericanos— *es dejar las cosas en el mundo como están,* con una mera "renovación" que consiste, como todos percibimos, en suprimir a los países competidores que "estorban" el libre comercio internacional.

Y la perspectiva que se abre a los pueblos con ese ofrecimiento de crear "no un mundo nuevo, sino renovado", no puede ser más trágica. Veamos cómo se encarga de trazarla ante nosotros el propio Hull. Así ninguna duda cabrá sobre su autenticidad.

SE QUISO SANEAR EL ORDEN ANTIGUO.

En uno de los párrafos principales de su discurso, Hull no pudo menos de reconocer lo siguiente:

"Después de la primera guerra se intentó reorganizar el mundo sobre una base sana. Se crearon nuevas intituciones y se establecieron nuevos métodos de cooperación. Todos los pueblos participaban en la esperanza de que se había iniciado una nueva era en las relaciones internacionales".

Es decir, aconteció exactamente lo que Hull nos anuncia que va a suceder al día siguiente de la victoria de su gobierno —no de su pueblo, entiéndase la distinción—: *se quiso renovar* el orden existente, que acababa de encenagarse en torrentes de sangre y destrucción, se quiso, como Hull anuncia que se quiere hacer ahora, crear "un orden mundial, no nuevo, sino renovado".

¿Y qué pasó? ¿A dónde llevaron esos intentos de reorganizar el mundo sobre una base sana, pero sin cambiarlo totalmente?

No seremos nosotros los que demos la contestación.

FRACASO EL INTENTO.

La da el propio Hull en este mismo discurso. A renglón seguido dice:

"Desgraciadamente, poco después de terminada la Gran Guerra, el poder cayó en manos de grupos que abogaban por el nacionalismo económico y político en sus formas más extremas. Los inevitables efectos, tanto política, económica, como socialmente, en los años que siguieron fueron totalmente desastrosos. El resultado fué la división y el debilitamiento y finalmente, la destrucción de la base necesaria sobre la que se funda la paz".

¿Se pregunta acaso Hull, en su discurso, por qué habrá sido así?

¿Se interesa por dar a los norteamericanos alguna explicación de las causas que hicieron posible tan gran fracaso?

No dice una sola palabra.

Cualquier explicación le habría quemado los labios —por encallecidos que los tenga en fuerza de tanto mentir.

Dice Hull que "poco después de la Gran Guerra, el poder cayó en manos de grupos que abogaban por el nacionalismo económico".

Y tiene razón: el poder cayó en manos de él y los suyos, de los mismos hombres y los mismos intereses que habían hecho la guerra anterior, que manejaron desde entonces hasta hoy las cosas internacionales en su exclusivo beneficio de clase y que han llevado al mundo a la catástrofe en que se debate en estos instantes.

LA GUERRA ES UN EFECTO INEVITABLE.

Pero si Hull no da una explicación de por qué sucedió ese fracaso de las buenas intenciones de crear sobre bases sanas un orden mundial que evitara nuevas guerras, sí ofrece, en cambio, una exacta noción de la naturaleza que por fuerza estaban llamadas a tener las consecuencias desastrosas, como él mismo las llama, que desembocaron en la guerra. Dice:

"Los inevitables efectos, tanto política, económica, como socialmente, en los años que siguieron, fueron totalmente desastrosos".

No cabe duda: Hull no es muy prudente que digamos. Sumado al vértigo de guerra que domina en Washington, ni por un momento cuida de examinar el alcance inmediato y ostensible de sus propias palabras.

LOS PLANES "SALVADORES" DE HULL.

Creemos que no hay mejor epílogo que las últimas palabras de Hull sobre este asunto. En ellas, con un cinismo ejemplar, como si no acabara de decir todo lo que hemos comentado hasta quí, como si no estuviera patente el fracaso de sus últimos diez años de planes "salvadores del mundo a través del comercio internacional" —cuyo resultado ya estamos presenciando: *la guerra*— dice así:

"Conociendo estos hechos como los conocemos, no es demasiado pronto para colocar, cuando menos, algunos de los principios que deberán normar los procedimientos al concluirse la guerra.... Los principios principales, según demuestra la experiencia, son pocos y sencillos:

1.—No debe permitirse nuevamente que el nacionalismo *extremo* se exprese en restricciones comerciales *excesivas".*

No se requiere más.

Habrá nacionalismo, pero *no excesivo.*

Habrá restricciones comerciales, pero *no excesivas.*

¿Quién calificará?

Por supuesto, el propio míster Hull, con su corte de financieros yanquis que dictan la consigna.

Y ya nos dijo Hull, "los efectos inevibles" que esto produce: otra guerra mañana.

Pero la edad de míster Hull no le permite preocuparse. Para entonces habrá entrado al panteón. Todo será igual para él.

Aunque un poco distinto para los pueblos, que no mueren.